

De la Facultad

UN VIAJE DE FIN DE CARRERA

La primera vez que en nuestra Facultad hablamos de nuestro viaje de fin de carrera, muchos de nuestros compañeros nos miraron como el triste Sancho a su amo, que iba a lanzarse contra los molinos de viento. Pero, esta vez Fristón fué generoso, y el encanto duró mucho tiempo.

Fuimos pocos los quijotescos alumnos de la empresa: siete, más una profesora. Los demás se limitaron a vernos partir, un caluroso 5 de julio.

Tras una travesía que crecía en razón directa a nuestros anhelos de puerto, llegamos a Cádiz el quinto día. La mañana y el calor eran espléndidos.

¿Qué nos pareció la noble Tacita de Plata? Durante el viaje marinerero, algunos, que jamás la habían visto, llegaron a imaginársela como una gran gamba con cerveza. Alguien se creyó Colón al pisar tierra, la joven de Cossío se abstuvo de opinar. (Pensaba en la nave que nos conduciría a Sevilla, donde estuvo a punto de hacer testamento.)

Nuestro paseo por Cádiz quedó reducido a una visita a la catedral, las Cortes de 1812, y un sabor armónico de calles estrechas, por donde navegaba el perfume de los mariscos frescos.

Agradecemos la lentitud de la nave a lo largo del río. El paisaje se iba renovando sin prisa. ¡Qué bien se interpretan los versos de García Lorca, desde el corazón del río! Lo único difícil de averiguar, para nuestro compañero, fué aquel verso que dice: *El río Guadalquivir tiene las barbas granates...*

Aparte de los taxistas y maleteros, que nos confundieron con habitantes de Jauja, Sevilla nos pareció ideal.

El sabor de la calle de San Vicente, con sus organillos y sus tertulias nocturnas, arrullaron nuestros sueños, después de unos días

de jornada intensiva, en busca de la torre de don Fadrique, museos arqueológicos y de pintura, Alcázar, Plaza de Toros, Macarena, ascensos a la Giralda y recorridos por diversos templos y heladerías para aminorar los 56 grados de la temperatura sevillana.

Los barrios de Santa Cruz y Triana nos saludaron espléndidamente. El primero con sus calles evocadoras de escenas lopescas, sus joviales patios de ascendencia oriental, tradicionales moradas de artistas, desde Murillo a los Álvarez Quintero. En la iglesia de los Venerables Sacerdotes admiramos el arte de Valdés Leal y de Alonso Cano, y en el ambiente que nos circundaba, una huella patente del espíritu agareno.

Desde Triana al parque de María Luisa, toda Sevilla vibraba como una gran pandereta, a nuestros pasos. Recordábamos que en 1248 la conquistó un rey Santo, y que aquel palacio solemne, el mayor de la ciudad, fué la primera fábrica de tabacos que hubo en Europa. Al pasear por las calles de Sevilla la historia va necesariamente con nosotros. El arte fluye en todos los estilos saliéndonos al encuentro, desde el románico al subrealista. En todos ellos la nota viva es el color, tono rojizo predominantemente.

El día anterior a nuestra partida, descendiendo del archivo de Indias, nos fuimos a Itálica. Creo que ninguna de nosotras podría decir exactamente cuál fué la reacción ante aquel venerable fragmento de una grandeza, *cegada por el polvo de los años*. Sólo nuestro compañero, olvidado de la filosofía, tuvo peregrinas ideas en cuanto al antiguo esplendor de Roma.

Jugando al escondite con nuestros ojos, olivares, chopos y sol abrasador, nos dirigimos a Granada. El Arahál, Antequera, Archidona, Loja, Santa Fe, Granada. Fué primero la conquista del horizonte, luego, en la lejanía, el noble saludo del Mulhacén, a continuación la vega, desnuda y limpia. Chopos junto al río y cipreses. Metamorfosis de ideas. El ciprés, que hasta entonces nos parecía árbol triste, agorero, de pronto se convierte en adorno poético.

Plaza Nueva, nuestra pensión en la calle de Zorrilla, una visita al convento de Santo Domingo, donde se venera la sagrada imagen de Nuestra Señora que asistió a la batalla de Lepanto, San Jerónimo y San Juan de Dios, Las Angustias, la catedral con la capilla de los Reyes, la Cartuja, valiosísimo monumento del arte español, nos deslumbraron con sus bellezas. Ascendimos a la Alhambra por la calle de los Gomeles y después de soñar unas horas con un mundo hecho sólo con vocales del espíritu, recorrimos calles y plazas desde Puerta Elvira a Albaicín, pasando desde Trinidad a Sacro Monte.

El aspecto general de Granada es menos elegante que el de Sevilla. Es más reducida la ciudad, más pálida, pero más sabrosa. Lo que en Sevilla es claridad en Granada es ensueño. En los cármenes y ríos, aun sedientos, palpita un embrujo que tiene alma de leyen-

da, de pincelada artística, de gusto gitano tal vez. ¡Con razón lloró Boadil al perder para siempre la Alhambra!

Y, contrastando la quietud serena del Generalife, la impaciencia del tren que nos condujo a Madrid.

Nuestra primera visita en la capital de España fué para el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, donde nuestro Rector Magnífico nos esperaba. En su compañía admiramos los museos de Lázaro Galdiano y del Prado, e infructuosamente, algún ministerio. Otra vez el desfilar por calles, ahora populosas y amplias, en busca de monumentos artísticos, templos y museos. Pero es demasiada pretensión ver a Madrid en una semana de vacaciones. Así alternamos el gusto de los típicos barrios castizos de Lavapiés o La Paloma, con las verbenas de Chamberí, simpáticas y alegres.

Y aunque Madrid sea Madrid, digámoslo de paso, todavía quedan personas, en esta ciudad cosmopolita, que miran con asombro a unas muchachas divertidas que se les ocurra regresar a casa con un gorrito de papel.

En Madrid nos distribuimos un poco los preparativos de continuidad del viaje. Algunas pasaron lindas horas en la «cola» de la R. E. N. F. E., otras acudían a la entrevista con el Jefe Nacional del S. E. U., mientras nuestro joven acompañante y compañero, habiendo tenido la desgracia de enfermar, meditaba largos discursos dignos hermanos de aquel de «las Armas y las Letras» de don Alonso de Quijano el Bueno con los cuales nos recibía de regreso a la pensión de la calle Hortaleza.

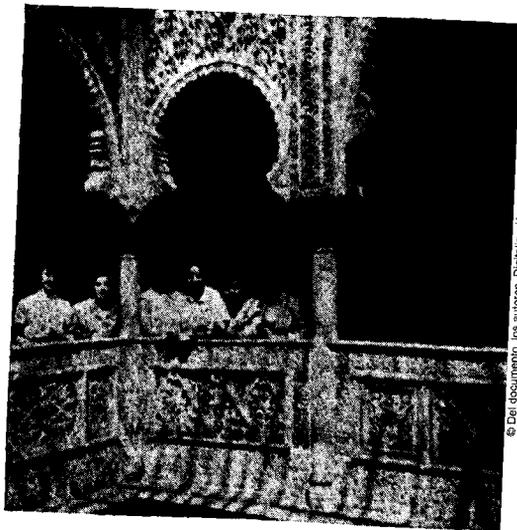
Bien pronto se redujeron los días madrileños, entre el Museo Romántico, la Biblioteca Nacional, la Ciudad Universitaria, la Armería Real, el Museo Naval y San Francisco el Grande. Tres excursiones, desde Madrid hacia fuera, para beber mayores bellezas: El Escorial, El Paular, sobre la Sierra, y Toledo, llena de encanto y maravilla.

Toledo, como Granada, se escapa a toda ponderación. Cada recodo toledano encierra un siglo de historia. Estas sabrosas callejuelas, sin ruidos de autobuses ni tranvías, estrechas y laberínticas, nos hablan de visigodos, moros, judíos y caballeros hidalgos; de un país de sol y un misterio exótico, pródigo en arte.

Lo primero que nos sale al encuentro al penetrar en la cuna de Garcilaso es el puente de Alcántara, San Servando, y la gloriosa mole-ruinas del Alcázar. Partimos del Zocodover en todas direcciones; estamos ante las puertas de Cambrón, del Sol y de Visagra, renacentista y modernas. Las casas de Toledo tienen una fuerte personalidad. Sus pocas ventanas en la fachada les dan esencia de intimidad. Recuerdan un tanto las de Córdoba, Sevilla o Salamanca. No sabemos si dentro hay un convento, un harén, una cárcel o una fortaleza.



El Paular



Alcázar de Sevilla



HEMEROTECA P. MUNICIPAL
Santa Cruz de Tenerife



Sevilla. El Alcázar



Jardines de la Alhambra



Es gótico el estilo que impera en la ciudad. La Catedral, con sus magníficos tesoros, su famosa sala capitular, el coro renacentista, el trascoro y el transparente, mágico prodigio del arte, donde no sabemos si el estilo se ha convertida en pirotécnica o es que el sueño ha plasmado en la piedra.

Seguimos adentrándonos en la capital visigótica. Vamos a la casa de El Greco, después de pasar por Santo Tomé, para contemplar el *Entierro del Conde de Orgaz*. En esta vieja casa, que antaño perteneció a Samuel Leví, encontramos palpitante el alma de El Greco. Cierta afinidad hay entre la ciudad y las obras teotocopulienses. El estilo gótico parece hablar por las dos.

Y tras la casa de El Greco, San Juan de los Reyes, el Cristo de la Vega en Santa Leocadia, el hospital de la Santa Cruz, las sinagogas del Tránsito y Santa María la Blanca. Finalmente una lección de la gesta heroica en el Alcázar, y, por la orilla del Tajo, el retorno a Madrid, con cien impresiones ardientes de cohetes líricos.

Zaragoza fué el mesón menos complejo de nuestro viaje. Toda su majestad noble se nos mostró abierta con franqueza. Monumentos y recuerdos históricos se confundían ante nuestros ojos. Seguimos las huellas de los heroicos sitios de la Independencia, casi con emoción, aunque no faltaron infantiles aragoneses que nos confundieran con franceses enemigos.

Nuestro hospedaje estaba muy cerca del Pilar y de la muralla romana recién descubierta. Asistimos en La Lonja a una representación folklórica, que nos enseñó con mayor pureza el alma de Aragón (tan distinta a aquel barco, del mismo nombre, en que arribamos a la Península), y en la iglesia de los Santos Mártires, la Seo, San Pablo y la sublime Pitarica nos reconciliamos con Dios.

Zaragoza atrajo nuestra simpatía con su dulce nobleza (a excepción de los camareros de restaurante, que confundieron las tortillas con el dorado oro).

Llegamos a Barcelona una mañana andaluza. La ciudad condal tuvo para nosotros más amabilidad que los revisores del tren. Gustamos en ella, después de veinte días de sed, las deliciosas caricias del mar.

Aunque Barcelona era el fin de la excursión, nos faltó tiempo para penetrar en su espíritu. Fueron rápidas nuestras visitas por museos y monumentos, pues la inquietud de la vuelta ya estaba en nosotros, que veíamos disminuir rápidamente el presupuesto antes de tener los billetes de la vuelta.

De nuevo deslumbró nuestros ojos la presencia de una catedral gótica, de un claustro elocuente, de una sagrada reliquia. Otra vez el desfile de cuadros antiguos y modernos, barrios de honda tradición y superior categoría, en cuanto a su arte, a los anteriormente vistos; cómo es el barrio gótico barcelonés; concentración de re-

cuerdos como el Pueblo Español; alarde de genialidad humana como las obras de la Sagrada Familia.

Nada más sugestivo para completar un paseo por Barcelona, que el ascenso al Tibidabo y Montserrat. Estas dos panorámicas catalanas brindan con un derroche de belleza natural. Verdaderamente, en ambas nos sentimos muy cerca del cielo. La belleza de Montserrat, en primer lugar, nos hace, de pronto sentirnos diminutos. No hace falta ser poetas para sentir deseos de quedarnos en la altura, junto a la Moreneta.

Una mañana para Montjuich es sólo destapar un frasco de perfumes y volver a tapanlo repentinamente. Pero el tiempo seguía su marcha prodigiosa sin contar con nosotros. Habíamos hecho unas jornadas semejantes a las de César en las Galias, y no teníamos de qué quejarnos.

Y, en Barcelona, podríamos decir que se concluyó nuestro viaje universitario. Pero, como en todas las reglas suele haber una excepción, aquí también la hubo, y, separadas del resto del grupo, que ya en Madrid había sufrido una baja, dos alumnas incansables continuamos todavía por Valencia, Alicante, Melilla, Ceuta y Tetuán.

Fué quizá esta parte del viaje la más libre de complicaciones. La joven de Cossío se hizo hija adoptiva del Mediterráneo, pudiendo a nuestro gusto contemplar el mar verde-azul a la orilla de Valencia, o la espesa niebla de la ruta del Estrecho.

Dos días apacibles permanecemos en la ciudad del Turia. El final de las Ferias Valencianas nos brindó con la exquisitez de su batalla de flores y sus clásicas verbenas, ardiendo en pirotecnia. Tuve ocasión de ir a Saguato, y no la desprecié. La vega valenciana con sus típicas barracas fué, quizá, la nota que más nos deleitó. Ascendimos al Miguelete y volvimos a soñar bajo las cúpulas de las catedrales y los arcos ojivos de otra Lonja y otras torres sedientas de cielo.

Cuando horas más tarde regresamos al barco, todavía siguió con nosotros el azul y la dulzura de Valencia, la imagen de un delicioso cuadro de Benlliure, y mi inquietud al verme encerrada, durante una hora, en las torres de Serrano.

Aunque la bahía de Alicante nos parecía hermosa, en la ciudad encontramos pocos puntos de atracción. Nada de museos, recuerdos históricos o catedrales. Se nos ocurrió ir a Altea, pueblecito gracioso, cerca de la costa, y de allí al peñón de Ifach.

En Melilla todo siguió a nuestro capricho. El mundo agareno y cristiano se daban la mano en calles y plazas. Entramos en la mezquita, descalzas como los hijos de Mahoma. Visitamos la Escuela de Arte y los barrios de las típicas morerías, donde cada callejuela, retorcida y blanca, recordaba una ascendencia bíblica.

También Ceuta estaba de ferias a nuestra llegada; esto hizo que, después de un largo paseo por la población, nos desplazásemos a Tetuán, donde el mundo musulmán se nos ofreció sin careta, palpitante y delicioso a nuestros deseos.

Sería digno de largas páginas este paseo nuestro por Tetuán, donde, casi sin darnos cuenta, nos introdujimos en el propio palacio del Jalifa y en los intrincados laberintos de sus mercados. Pero bástenos decir sobre ello que sentimos verdadero desconsuelo al abandonarla, y que el resto de nuestra ruta, otra vez por el camino de Cádiz, en el que permanecemos dos días más, el colorido intenso de Tetuán y su sabor a *Las mil y una noches* continuó vivo y caliente como un rayo de sol.

Violeta Alicia RODRÍGUEZ

